

Experiencias Tàrrega

Las obras que el público vive desde dentro triunfan en una feria con menos visitantes

JUSTO BARRANCO

Tàrrega

La Fira de Tàrrega llegó ayer a su fin e hizo balance. Un balance positivo pero necesariamente de acuerdo con los tiempos de crisis que vivimos. Aunque la organización de la Fira nunca da cifras de asistentes globales, sí facilita algunos números indicativos de cómo ha ido la edición. Por ejemplo, el número de campistas durante los cuatro días del evento, que este año han sido 3.566, un descenso, cifraron, de entre el 10% y el 13% respecto a un año similar en el que no hay puente durante la feria. También hablaron de un 4% de descenso en las entradas vendidas para los espectáculos de pago, que han logrado 15.000 espectadores. Aproximadamente, lo

que habían previsto en un contexto tan complicado. "Somos realistas y en la calle ha habido menos gente", explicó el gerente de la Fira, Pau Llacuna, en la rueda de prensa de valoración. Lo que no obsta, remarcó, para que el objetivo principal de la feria, ser un mercado internacional de espectáculos que contribuya a la exportación de las creaciones autóctonas, se haya logrado, "manteniendo y fidelizando a los profesionales que asisten pese al contexto general", contabilizando 174 programadores extranjeros atraídos por las propuestas de Jordi Duran, director artístico de la Fira.

Más que teatro, experiencias.

Programadores que, como el público que ayer siguió llenando Tàrrega, pudieron seguir descubriendo artistas y espectáculos y pasárselo de lo lindo no tan sólo viendo teatro, circo y danza, si-

no, en muchas ocasiones, viviendo verdaderas experiencias: dejando de ser espectador y viviendo los espectáculos desde dentro, incluso participando levemente, como en *Que vaya bonito* o *Peccata minuta*, dos espectáculos procedentes de Catalunya y Valencia, respectivamente, de los que el público salió con enorme satisfacción y que buscarán su sitio en Barcelona. Intentarán repetir el éxito que suelen lograr las obras de Teatro de los Sentidos, en el caso de *Peccata minuta*, o, en el de *Que vaya bonito*, el que logró el año pasado en el Espai Brossa la pequeña historia de pareja *Sé de un lugar* -que ahora se volverá a representar en el vestíbulo del Romea-, en la que los artistas actuaban, se peleaban y se querían entre el público sentados en una sala que era como el salón de cualquier casa. Que este tipo de teatro triunfe no es extraño: cualquier publicista sabe que ya no se compran productos, sino experiencias, que de tanto en cuando el público quiere ser actor y no sólo espectador. Y desde luego tanto en *Que vaya bonito* como en *Peccata minuta* todo se vive muy de cerca. Incluso se toca. Y el público se lo pasó muy bien, rio, quedó impactado por las actuaciones y aplaudió a rabiar.

Al infierno con Dante. Curiosamente, en ambas obras, muy distintas, hay un descenso a los infiernos: en una, en *Que vaya bonito*, de la compañía Teatrodécerca, a los siempre procelosos infiernos familiares; en la otra, en la que al principio de la obra se reparte a los espectadores hojas de la *Divina Comedia* de Dante recién arrancadas, al de la gula, las parafilias sexuales, las frustraciones y el juego, ruleta rusa incluida. Y las dos juegan con la sorpresa, así que mejor no revelar demasiado, y con espacios habitualmente no teatrales: *Que vaya bonito*, que es la fiesta de despedida de David, que se va a México, y en la que el público -siempre de pie y bebiendo sangría y comiendo patatas- se convierte de repente en antiguos compañeros del homenajeado -e incluso recibe algunas pullas-, tiene lugar en la azotea de un edificio, aunque debido a la lluvia de la noche del sábado finalmente se celebró en su entrada. Y *Peccata minuta*, de los valencianos Francachela Teatro, reunió a los espectadores en el foyer del teatro Ateneu para condu-

cirles a algunas sorprendentes estancias de sus tripas en las que sus actores cenaban, seducían o jugaban con un público que a veces tenía que afeitarles, peinarles, e incluso azotarles. Y todo con la pasión que ponen los actores de ambas compañías vivida a escasos centímetros. O ninguno. Lo dicho, enormes aplausos para las dos obras, que ahora buscarán espacios para continuar sus representaciones. Quizá La Seca o el vestíbulo del Romea, donde Julio Manrique quiere presentar teatro poco convencional.